

Por el autor de *Fundación y caos*

LOS NIÑOS DE DARWIN

GREG BEAR



Un antiguo retrovirus presente en el ADN humano se halla en la base de las mutaciones que ha experimentado el genoma y que dan lugar a una nueva especie, tal vez llamada a sustituir al *Homo Sapiens Sapiens*. *Los Niños de Darwin* especula brillantemente sobre la difícil convivencia entre dos especies humanas al estilo de otros clásicos indiscutibles como la inolvidable *Mutante* (1947-1953) de Henry Kuttner, pero lo hace a partir de la experiencia y conocimientos acumulados en los últimos cincuenta años de historia humana y, en definitiva, cual corresponde al siglo XXI en el que ya vivimos. Cuando los niños mutados por el retrovirus Sheva alcanzan la adolescencia, se enfrentan a un mundo que se siente ultrajado por su sola presencia. El miedo a que puedan entrar en acción nuevos retrovirus que podrían incluso determinar el fin de la especie humana tal y como ha sido conocida en los últimos milenios lleva a confinar a los "niños de Darwin" en "escuelas" especiales, verdaderos campos de concentración, mientras grandes sectores de la población les demoniza de manera histérica y casi instintiva. El conflicto entre especies parece inevitable.

Presentación

Poco nuevo voy a decir en esta presentación, y remito al lector interesado a lo que ya decía al presentar LA RADIO DE DARWIN (1999, NOVA número 143), galardonada con el Premio Nebula del 2000 tras haber sido también finalista del Premio Hugo del mismo año. La idea de una mutación por el efecto de un retrovirus presente en el ADN humano se analizaba allí en la forma de un sugerente y estimulante thriller tecnobiológico. Pero, y algunos lo sabíamos o intuíamos, quedaba lo más importante: ¿cómo reaccionarían las estructuras sociales y políticas actuales ante un fenómeno de tal magnitud?, ¿cuáles serían las consecuencias de la convivencia de dos especies humanas distintas?

Se trata de un tema ya antiguo en la ciencia ficción que ha dado clásicos indiscutibles como, por ejemplo, MUTANTE (1947-53) de Henry Kuttner, pero LOS NIÑOS DE DARWIN lo trata a partir de la experiencia y conocimientos acumulados en los últimos cincuenta años de historia humana y, en definitiva, cual corresponde al siglo XXI en el que ya vivimos.

Tal y como muy bien decía Rusell Letson en la influyente revista LOCUS: Bear pertenece al puñado de escritores en el género que pueden abordar tanto la complejidad del material intelectual como la solidez y la profundidad que son necesarias para que una «novela de ideas» se convierta en una novela real.

Y ésa es la esencia tanto de LA RADIO DE DARWIN, como de LOS NIÑOS DE DARWIN; convertir una especulación típica de la mejor ciencia ficción (la aparición de una

especie humana mutada) en una verdadera novela con personajes, situaciones e instituciones reales y cotidianas que, sometidas al estrés de un cambio inesperado e incluso sorprendente, reaccionan de manera lógica teniendo en cuenta los factores de humanidad por todos aceptados: paternidad, autodefensa, miedo ante lo distinto y sus imprevisibles consecuencias... Un amplio panorama que Greg Bear desmenuza con maestría en esta amena e interesante novela.

Un antiguo retrovirus presente en el ADN humano se halla en la base de las mutaciones que ha experimentado el genoma y que dan lugar a una nueva especie, tal vez llamada a sustituir al *Homo sapiens sapiens*. *LOS NIÑOS DE DARWIN* especula brillantemente sobre la difícil convivencia entre dos especies humanas. Cuando los niños mutados por el retrovirus SHEVA alcanzan la adolescencia, se enfrentan a un mundo que se siente ultrajado por su sola presencia. El miedo a que puedan entrar en acción nuevos retrovirus que podrían incluso determinar el fin de la especie humana tal y como ha sido conocida en los últimos milenios, lleva a confinar a los «niños de Darwin» en «escuelas» especiales, verdaderos campos de concentración, mientras grandes sectores de la población los demonizan de manera histérica y casi instintiva. El conflicto entre especies parece inevitable.

Tras la forma de un thriller tecnobiológico, destaca en *LOS NIÑOS DE DARWIN* el análisis de las consecuencias sociales y políticas de un cambio tal vez inevitable, siempre en el marco de la compleja lucha por preservar la «humanidad» a todo coste... Pero, nos pregunta Greg Bear: ¿quiénes son los humanos? Parecida pregunta se planteaba Kuttner en *MUTANTE*, pero allí, los «calvos», los mutantes, eran adultos afortunadamente mucho más comprensivos que los aterrorizados *Homo sapiens sapiens* que les persiguen y, en definitiva, temen.

Con gran lógica, Bear nos recuerda que los nuevos mutantes han de pasar antes por la etapa de niños y de ado-

lescentes, mucho más vulnerables que los adultos y, por lo tanto, sometidos inevitablemente a los dictados de una sociedad que les teme por lo que son, lo que representan y, también, por los posibles males que pueden generar: si un retrovirus del ADN humano se ha manifestado, ¿no podrían hacerlo otros incluso en sentido mucho más peligroso?

A algunos, LA RADIO DE DARWIN les parecerá «más de ciencia ficción» ya que allí se cubren con mayor detalle los aspectos tecnocientíficos que están en el origen de la mutación SHEVA. Pero no se engañen, la buena ciencia ficción, como nos recordaba Asimov, es esa narrativa que se pregunta «por la respuesta humana a los cambios en el nivel de la ciencia y la tecnología» y, en ese sentido, despojada un tanto de la parafernalia tecnocientífica (o, cuando menos, otorgándole menor protagonismo), LOS NIÑOS DE DARWIN aborda mucho más directamente esa «respuesta humana» a un importante cambio que puede explicar la tecnociencia actual, pero que sólo las ciencias sociales y políticas pueden analizar en sus consecuencias últimas. Aquellas que se refieren a cómo los seres humanos vivimos nuestras vidas y cómo reaccionamos ante la novedad... Aunque esa novedad pueda ser tan radical como la aparición de una nueva especie de humanos que, tal vez, nos haga desaparecer de la faz de la Tierra.

No es poca cosa, en cuanto a especulación y material novelístico. Que ustedes lo disfruten.

Para mi padre,
Dale Franklin Bear.

PRIMERA PARTE: SHEVA + 12

América es un país cruel. Hay un montón de gente más que dispuesta a aplastarte como a una hormiga.

Escuchad un programa de radio. Hay muchos muñecos, y muy pocos ventrílocuos.

Hay un gruñido de lobo tras las insignias y los picnics de los Boy Scouts.

Quieren matar a nuestros hijos. Que Dios nos ayude a todos.

Mensaje anónimo en ALT.NEWCHILD.FAM

Mencionando «grandes amenazas para la seguridad nacional», Acción de Emergencia ha solicitado esta semana al Departamento de Justicia de Estados Unidos que se le conceda autoridad para reventar y cerrar los sitios web de padres SHEVA, así como periódicos y revistas electrónicas culpables de difundir información inexacta —«mentiras»— contra ACEM y el gobierno de Estados Unidos. Algunos grupos de defensa de padres se quejan de

que ésa ya es la norma. Funcionarios de nivel medio del Departamento de Justicia han transmitido la petición a la oficina del fiscal general para su examen legal, según fuentes que desean permanecer anónimas.

Algunos expertos legales dicen que podrían reventarse o cerrarse sin previo aviso los sitios web de periódicos legítimos en caso de aprobarse la petición, y la concesión de dicha aprobación probablemente también sería secreta.

Seattle, Times-PI Online

Dios no ha tenido nada que ver con la aparición de estos niños. No me importa lo que opines sobre el creacionismo o la evolución, ahora estamos solos.

OWEN WITHEY, Creation Science News

1

Condado de Spotsylvania, Virginia

La mañana llenaba la casa de oscuridad y silencio. Mitch Rafelson se encontraba en el porche trasero, con una taza de café en la mano, atontado por haber dormido sólo tres horas. Todavía se veían estrellas en el cielo. Algunos bichos y polillas persistentes aún revoloteaban alrededor de la luz del porche. Los mapaches habían atacado el cubo de la basura, pero habían abandonado horas atrás, chillando y peleándose, derrotados por las cadenas.

El mundo parecía nuevo y vacío.

Mitch dejó la taza en el fregadero de la cocina y regresó al dormitorio. Kaye seguía en la cama, todavía dormida. Mitch se ajustó la corbata en el espejo que había sobre el vestidor. Las corbatas nunca le quedaban bien. Hizo una mueca al comprobar la forma en que el traje le colgaba de los anchos hombros, el hueco alrededor del cuello de la camisa, las mangas visibles más allá de los puños del abrigo.

Habían tenido riña la noche anterior. Mitch, Kaye y Stella, su hija, se habían quedado despiertos hasta las dos, en el pequeño dormitorio, intentando resolverla. Stella se sentía aislada. Quería, *necesitaba* estar con jóvenes como ella. Era una posición razonable, pero no tenían opción.

No era la primera vez, y probablemente no fuese la última. Kaye siempre se aproximaba a esos encuentros con una tranquilidad estudiada, en contraste con las evasiones y excusas de Mitch. Claro que eran excusas. No poseía res-

puesta para las preguntas de Stella, ninguna respuesta real a los argumentos de la niña. Los dos sabían que al final necesitaría estar con su propia gente, para encontrar su propio camino.

Finalmente fue demasiado, Stella salió hecha una furia y cerró de un portazo la puerta de su cuarto. Kaye había empezado a llorar. Mitch la había abrazado en la cama, y gradualmente fue hundiéndose en un sueño agitado, dejándole a él mirando el techo oscurecido. Observando el movimiento de los faros que seguían la carretera de campo del exterior, preguntándose, como siempre, si los camiones se acercarían a la entrada, si vendrían a llevarse a su hija, para reclamar una recompensa o algo peor.

Odiaba el aspecto que tenía con lo que Kaye llamaba sus trapos de señor Smith —el Smith de *Caballero sin espada*—. Levantó una mano y la giró, estudiando la palma, los largos dedos fuertes, el anillo de boda —aunque él y Kaye jamás habían obtenido una licencia matrimonial—. Era la mano de un paleta.

Odiaba el camino a la capital, con todos los puntos de control, empleando su pase de nombramiento del Congreso. Desplazándose lentamente, dejando atrás a todos los camiones del ejército cargados de soldados, desplegados para evitar que otro padre desesperado hiciese detonar otra bomba suicida. Se habían producido tres explosiones así desde primavera.

Y ahora, Riverside, California.

Mitch se dirigió al lateral izquierdo de la cama.

—Buenos días, cariño —susurró. Permaneció allí un momento, observando a su mujer, a su esposa. Movié los ojos siguiendo la manga del pijama, absorbiendo hasta la última arruga del rayón, hasta el último jugueteo sedoso de la luz del amanecer, hasta las manos delgadas, los dedos doblados, las uñas mordidas.

Se inclinó para besarle la mejilla y le colocó la manta sobre los brazos. Ella abrió los ojos con un aleteo. Kaye acari-

ció la cabeza de Mitch con los dedos.

—Buena suerte —le dijo.

—Estaré de vuelta a las cuatro —dijo él.

—Te quiero. —Kaye se hundió en la almohada lanzando un suspiro.

La siguiente parada era el cuarto de Stella. Nunca salía de la casa sin terminar la ronda, llenando ojos y memoria con imágenes de su esposa, hija y casa, por si fuese la última vez, por si se las arrebataban, y así pudiese repetir el momento en su mente. Como si fuese a consolarle.

El cuarto de Stella era un revoltijo ordenado de preocupaciones y ajeteo al respecto de no tener amigos. Había clavado, en la pared sobre la cabecera de su cama, una foto de despedida de su vergonzoso gato naranja. Del arcón de cedro caían diminutos animales de peluche, con los ojos de vidrio mirando misteriosos entre las sombras. Los viejos libros de bolsillo ocupaban una pequeña estantería de tableros de pino, que Mitch y Stella habían fabricado personalmente el invierno pasado. Stella disfrutaba trabajando con su padre, pero Mitch había notado que la distancia entre ellos había crecido en los últimos años.

Stella estaba tendida de espaldas en una cama que desde hacía más de un año ya era demasiado corta. Con once años, era casi tan alta como Kaye y hermosa con un estilo esbelto de rostro redondeado, con piel de un cobre pálido y dorado tostado bajo el resplandor de la luz débil, pelo castaño oscuro con tonos rojizos, de la misma textura que el de Kaye y no mucho más largo.

La familia se había tornado en un triángulo, todavía resistente, pero con los tres lados alargándose con el paso de los meses. Ni Mitch ni Kaye podían darle a Stella lo que realmente necesitaba.

¿Y el uno al otro?

Levantó la vista para ver la línea naranja del amanecer a través de las cortinas blancas y delgadas de la ventana de Stella. La noche anterior, con las mejillas repletas de pecas

por la furia, Stella había exigido saber cuándo la dejarían salir de casa sola, sin maquillaje, para ir con chicos de su edad. Los de su tipo. Habían pasado dos años desde su última «cita para jugar».

Kaye había hecho maravillas educándola en casa, pero como Stella había destacado la noche anterior, una y otra vez, cada vez con mayor emoción, «¡No soy como tú!». Por primera vez, Stella había proclamado formalmente: «¡No soy humana!».

Pero claro que lo era. Sólo los estúpidos pensaban lo contrario. Los estúpidos y los monstruos, y su hija.

Mitch besó a Stella en la frente. La piel estaba tibia. No se despertó. Stella al dormir olía como sus sueños, y ahora olía al sabor de las lágrimas, gusto a sal y tristeza.

—Tengo que irme —murmuró. Las mejillas de Stella produjeron oleadas de pecas doradas. Mitch sonrió.

Incluso dormida, su hija podía decir adiós.

2

Centro para el Estudio de Virus Antiguos, Instituto Médico de Investigación de Enfermedades Infecciosas del Ejército de Estados Unidos: IMIEIEEU FORT DETRICK, MARYLAND

—Murió gente, Christopher —dijo Marian Freedman—. ¿No es suficiente para volvernos cautelosos, incluso un poco histéricos?

Christopher Dicken caminaba a su lado, inclinándose sobre la pierna coja, mirando al fondo del pasillo de cemento hasta la puerta de acero que había al final. Su tarjeta de identificación del Instituto Nacional del Cáncer todavía le sobresalía del bolsillo de la camisa. Sostenía un gran ramo de rosas y azucenas. Los dos habían estado enzarzados en un debate desde el puesto de entrada y a través de cuatro puntos de control de seguridad.

—Hace una década que nadie diagnostica un caso de Shiver —dijo—. Y nadie jamás ha enfermado por causa de los niños. Aislarlos es política, no biología.

Marian sacó el pase de día de Christopher y lo pasó por el escáner. La puerta de acero se abrió para revelar una extensión horizontal de tubos de acceso de color verde gafas de sol, suspendida como el laberinto de un hámster sobre una cuenca de dos acres formada por cemento gris desnudo. Levantó la mano y le dejó pasar primero.

—Conoces Shiver por experiencia propia.

—Desapareció en un par de semanas —dijo Dicken.

—Duró cinco semanas, y casi te mata. No me vengas con esa mierda de valiente cazador de virus.

Dicken penetró lentamente en la pasarela, porque tenía dificultades para estimar la profundidad con un solo ojo, y además cubierto por una gruesa lente.

—El hombre golpeó a su mujer, Marian. Ella estaba enferma con un embarazo muy difícil. Estrés y dolor.

—Vale —dijo Marian—. Bien, ciertamente no era así en el caso de la señora Rhine, ¿verdad?

—Un problema diferente —admitió Dicken.

Freedman sonrió con muy poco humor. En ocasiones manifestaba un ingenio penetrante, pero no parecía comprender el concepto del humor. El deber, el trabajo duro, la investigación y la dignidad llenaban el círculo estrecho de su vida. Marian Freedman era una feminista devota y jamás se había casado, y era una de las mejores y más entregadas científicas que Dicken hubiese conocido nunca.

Juntos recorrieron la pasarela de aluminio. Ella ajustó su paso para seguirle a él. Al final de los tubos de acceso les aguardaban altos cilindros de acero, pozos que contenían los ascensores hasta las cámaras que había bajo las placas de cemento. Los cilindros vestían enormes «sombrosos» cuadrados, hornos de alta temperatura alimentados por gas que esterilizaban el aire que pudiese escapar de las instalaciones de abajo.

—Bienvenido a la casa que construyó Augustine. Por cierto, ¿cómo está Mark?

—No muy feliz, la última vez que le vi —dijo Dicken.

—¿Por qué no me sorprende? Naturalmente, debería mostrarme benévola. Mark me ascendió de estudiar chimpancés a estudiar a la señora Rhine.

Doce años antes, Freedman dirigía un laboratorio de primates en Baltimore, cuando el Centro de Control de Enfermedades ponía en marcha el Equipo Especial para investigar la plaga de Herodes. Mark Augustine, por aquella época director del CCE y jefe de Dicken, había tenido es-

peranzas de obtener fondos extras durante un año fiscal muy restrictivo. Herodes, a la que se consideraba responsable de haber provocado miles de abortos horriblemente deformes, le había parecido un cebo perfecto.

Con rapidez se había seguido a Herodes hasta la transferencia de uno de los miles de retrovirus endógenos humanos —HERV— que todo el mundo llevaba en el ADN. Los antiguos virus, recién liberados, mutados e infecciosos, habían sido renombrados con rapidez SHEVA, por las siglas en inglés de Activación de Retrovirus Endógenos Humanos Dispersos.

En aquellos días, se había dado por supuesto que los virus no eran más que agentes egoístas de una enfermedad.

—Está ansiosa por verte —dijo Freedman—. ¿Cuánto hace de tu última visita?

—Seis meses —dijo Dicken.

—Mi peregrino favorito, que viene a rezar a nuestra Lourdes vírica —dijo Freedman—. Bien, es toda una maravilla, cierto. Y la pobre a veces también es una santa.

Freedman y Dicken atravesaron encrucijadas con tubos que se ramificaban al sudoeste, nordeste y noroeste para ir a otros pozos. En el exterior, la mañana de verano se calentaba con rapidez. El sol colgaba justo sobre el horizonte, una bola verdosa apagada. El aire frío corría junto a ellos con un gemido.

Llegaron al final del tubo principal. Una placa de formica a la derecha del ascensor decía, SEÑORA CARLA RHINE. Freedman pulsó un solitario botón blanco. A Dicken le estallaron los oídos al cerrarse la puerta.

SHEVA había resultado ser mucho más que una enfermedad. Producido sólo por varones en una relación seria, el retrovirus activado servía como mensajero genético, portando instrucciones complicadas para un nuevo tipo de nacimiento. SHEVA infectaba los óvulos humanos recientemente fertilizados —en cierto sentido, secuestrándolos—. Los abortos de Herodes eran embriones de primera fase,